



SACERDOTES SUPREMOS Y FILÓSOFOS HUMILDES: LA BATALLA POR EL ALMA DE LA ECONOMÍA

PETER J. BOETTKE, CHRISTOPHER J. COYNE Y PETER T. LEESON*

Este artículo presenta una visión crítica de las pretensiones científicas de la economía como ciencia social. Los economistas, argumenta, han dejado de ser los filósofos humildes que fueron algún día y se han convertido en los sacerdotes supremos de la sociedad moderna. Esta metamorfosis se ha realizado de la mano de las doctrinas keynesianas de control de la demanda, de los análisis costo-beneficio y del debate en torno al socialismo de mercado, aspectos que han tenido consecuencias económicas nefastas. Para que la economía recupere su “alma”, los economistas deberían volver a su rol original de filósofos humildes.

“Do not pry into things too hard for you
Or investigate what is beyond your reach
Many have been led astray by their theorizing,
And evil imaginings have impaired their judgments,
Stubbornness will come to a bad end,
And he who flirts with danger will lose his life,
When calamity befalls the arrogant, there is no cure;
Wickedness is too deeply rooted in them”.
Ecclesiasticus 3: 21, 24-26, 28

“God, grant me the serenity
To accept the things I cannot change,
Courage to change the things I can,
And wisdom to know the difference”.
The Serenity Prayer (1943), Reinhold Niebuhr

1. INTRODUCCIÓN

En su libro *Reaching for Heaven on Earth*¹, Robert Nelson afirma que la economía moderna ha tomado una significación teológica, negada a otras ciencias sociales y disciplinas relevantes para la toma de decisiones de política. Aunque la afirmación anterior merece ser atendida con seriedad, el razonamiento seguido por Nelson, para llegar a tal conclusión, resulta interesante por sí mismo. En relación con el tema del rol de los economistas en el gobierno,

Nelson afirmó que ellos no se limitan a brindar una asesoría técnica. Más bien, utilizan su posición como asesores económicos para defender programas de gobierno específicos. Es decir, ellos no solo discuten la “eficiencia de medios-objetivos”² de una u otra política propuesta, independientemente de su valoración personal. Más bien, optan por teñir la asesoría económica que brindan con sus propios valores. La lógica del pensamiento económico es una herramienta poderosa para organizar e interpretar los acontecimientos y su aplicación bien podría ser

Revista de Economía y Derecho, Vol. 3, Nº 10 (Otoño 2006). Copyright © Sociedad de Economía y Derecho UPC. Todos los derechos reservados.

* Peter J. Boettke es profesor de Economía en George Mason University y director del Research for the Global Prosperity Initiative en el Mercatus Center. Christopher J. Coyne es profesor de Economía en el Hampden-Sydney College e investigador asociado en el Mercatus Center. Peter T. Leeson es profesor de Economía en West Virginia University.

El presente artículo es la traducción del original en inglés, que será publicado en *Case Western Reserve Law* en 2006. La traducción corresponde a Eliana Franco, profesora de Economía de la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas (UPC). La presente publicación se realiza con la autorización de los autores [nota del editor].



neutral a los juicios de valor. No obstante, los economistas que fungen como asesores, definitivamente, no son neutrales.

La conclusión anterior condujo a Nelson a reflexionar acerca de la razón por la cual los economistas gozan de una posición privilegiada en la arena política. ¿Por qué no ocurre lo mismo con otras disciplinas que también cuentan con marcos teóricos útiles para abordar el análisis de las políticas públicas? Nelson sugiere que en la medida en que el pensamiento económico provee un medio para entender y legitimar el mundo moderno, quizá la economía se ha convertido en la teología moderna que ha reemplazado a la teología tradicional, como el conjunto de doctrinas que le dan sentido a nuestra realidad social y esperanza a nuestros esfuerzos por el logro de una vida mejor. Esta es la idea básica que Nelson exploró en su libro de 1991, con resultados impresionantes. En la medida en que el progreso económico era visto como la solución de todos los males sociales, a la disciplina económica le fue adjudicado un estatus especial como la precursora del progreso, y las personas que la ejercen fueron transformadas de filósofos humildes que se limitan a estudiar el mundo a sacerdotes supremos del control social, responsables de proveer la guía fundamental en una era de prosperidad y progreso ilimitado³.

En *Economics as Religion*⁴, Robert Nelson continúa el desarrollo de su línea de argumentación y explora la base teológica que apuntala el pensamiento económico de luminarias tales como Frank Knight y Paul Samuelson. En realidad, la historia de la economía durante el siglo XX bien podría ser interpretada a partir de la comprensión de las razones que condujeron al rechazo de la economía calvinista de Knight, a favor de la aceptación de la gerencia científica de Samuelson como religión secular⁵. Nelson⁶ demuestra que el aludido análisis objetivo y científico de Samuelson no pasa de ser una mera ostentación retórica. Las ideas de Samuelson son los lógicos desbordes del movimiento intelectual progresista de Estados Unidos, donde el gobierno, en su intento por crear el Reino de Dios en la Tierra, debe planificar el orden social y actuar como un correctivo para males sociales tales como el desempleo. Guiada por las enseñanzas de la gerencia científica, la práctica de la administración pública prometió no solo eficiencia en los asuntos públicos sino también el ser moralmente inspiradora. En consecuencia, el Estado intervencionista sería transformado por la ciencia para convertirse en un Estado administrativo con la meta de erradicar los males

sociales. De acuerdo con Nelson, Samuelson debe ser visto como el proveedor “de la bendición científica para el Estado regulador y de bienestar en Estados Unidos”⁷.

A partir del análisis de Nelson, nosotros sostenemos que la transformación de la ciencia económica, de una disciplina que estudia la economía a una a la que se le confía su control, ha puesto bajo amenaza el “alma” misma de la economía. El fraude de la gerencia científica ha conducido a los economistas a prometer el cumplimiento de tareas que no pueden llevar a cabo de manera legítima. La falsa teoría combinada con la mala filosofía generó propuestas que ahora deben ser rechazadas. Pero lo anterior no significa que la economía, como alternativa para analizar y organizar el mundo y sus acontecimientos, deba ser rechazada. Por el contrario, las enseñanzas de la economía son necesarias para entender la compleja realidad social. Tal vez sus dos roles públicos más importantes son: 1) explicar cómo, en el marco de un conjunto específico de instituciones, el poder del interés personal puede generar, de manera espontánea, patrones de orden social que conducen al logro simultáneo de autonomía individual, prosperidad generalizada y paz social, y 2) proveer parámetros para las nociones utópicas de las personas en relación con la política económica, a través del análisis de medios-objetivos⁸. El primero capta el rol didáctico del economista en la enseñanza de los matices inherentes al concepto de la “mano invisible” de Adam Smith, y el segundo capta la contribución que puede ofrecer la economía como disciplina técnica al discurso de las políticas públicas. Cuando traspasamos dichos roles e intentamos utilizar a la economía como herramienta básica para el control social es cuando entramos en conflicto y desvirtuamos las enseñanzas de la disciplina.

A continuación, proveemos tres casos en los que las pretensiones científicas de algunos economistas del siglo XX, los condujo a cometer serios errores: el control de la demanda agregada propuesto por Keynes, el análisis costo-beneficio aplicado por reguladores y abogados, y el debate en torno al socialismo de mercado. Si nuestro argumento es correcto, el rol del economista debería ser trasladado fuera de aquel de sacerdote supremo y de regreso al de filósofo humilde. Al aceptar esta “degradación”, es posible que los economistas encuentren un tanto complicado justificar muchos de los puestos de trabajo que hoy ocupan, pero, en la medida en que ello implica el rechazo del falso dios del cientificismo, la disciplina y la práctica, habrán recuperado su “alma”.





2. CONTROL DE LA DEMANDA AGREGADA KEYNESIANO

Dentro de la disciplina de la ciencia política, siempre ha existido una subcultura que ha argumentado a favor de delegar en aquellos que se dedican al ejercicio de la ciencia política, la concepción de esquemas de control social capaces de generar resultados superiores a los alcanzables por medio del *laissez-faire*. A inicios del siglo XIX, Thomas Malthus y J. B. Say debatieron acerca de la posibilidad de que la economía de mercado sea un foco de generación de “excesos” o un mecanismo que tiende a la autorregulación y, por lo tanto, a un equilibrio en el que la oferta agregada es igual a la demanda agregada⁹. La mayor parte de los economistas tomaron el lado de Say y sostuvieron que la capacidad de autorregulación de una economía de mercado era uno de los principios más importantes enseñados por la disciplina económica. No obstante, el debate alrededor de la autorregulación no terminó allí. Los escritos de Karl Marx con respecto a las tendencias inherentes del sistema capitalista tanto hacia el monopolio cuanto hacia la ocurrencia de crisis periódicas, constituyeron un desafío directo a la simplicidad con la que se enseñaba en la época la economía política de la autorregulación.

Hacia fines del siglo XIX fue aumentando el cuestionamiento al *laissez-faire* como doctrina científica y como doctrina de política pública. Mill puede haberle dado cierta presunción teórica al principio de *laissez-faire*, pero las excepciones que él mismo articuló y que justificaban la intervención del gobierno fueron extensas¹⁰. Muchas carreras políticas fueron construidas sobre la base de que el poder monopólico debía ser dominado y que las fluctuaciones económicas debían ser contrarrestadas mediante políticas públicas. En Estados Unidos, se introdujo la legislación antimonopólica de manera paralela al establecimiento de instituciones públicas con la función de supervisar el cumplimiento de dicha legislación. El sistema bancario también fue transformado en un esfuerzo por eliminar los “pánicos”.

A inicios del siglo XX, la escuela de pensamiento económico dominante en Estados Unidos era muy crítica del surrealismo de la economía política clásica y defendió la idea de una economía institucional que negó cualquier ley universal a la economía y demandó un rol más activo del gobierno en la regulación y el control económico, con la finalidad de promover la eficiencia y la justicia social. Por supuesto, había algunos pequeños grupos defensores de la economía política clásica, e incluso grupos algo más extensos de economistas que ejercían la economía

neoclásica; sin embargo, la Era Progresista comandó el dominio intelectual de la escuela de pensamiento económico institucional. Dicha dominación no se limitó a la enseñanza de la economía, sino que penetró en las escuelas de leyes y su disciplina hermana, la administración pública.

Los pocos defensores del *laissez-faire* que quedaban fueron silenciados cuando el colapso de la bolsa de 1929 se convirtió en la Gran Depresión de 1930. Los economistas que defendían la posición de los clásicos fueron ignorados o modificaron su discurso a uno más a tono con los tiempos. El gobierno tenía que hacer algo para atender los graves problemas sociales. Por supuesto, en algunos trabajos de investigación se argumentó que la Gran Depresión fue causada por fallas en las políticas ejecutadas por el gobierno —la expansión del crédito de la década de 1920 generó una burbuja artificial que luego estalló—, y las intervenciones estatales durante la década de 1930 (la más notable fue la imposición de importantes restricciones al comercio), que obstaculizaron la habilidad del mercado para inducir un proceso de ajuste automático que pudo haber eliminado la crisis. No obstante, dicho mensaje fue ignorado. Más bien, el mensaje que encontró eco entre los operadores de política, el público y la nueva generación de economistas fue la idea de que el capitalismo de *laissez-faire* era propenso a la generación de monopolios y de ciclos económicos, que fomentaba el fraude a los consumidores por medio de productos deficientes y la explotación de los obreros en las fábricas, y que era responsable de la indignidad que significaban los niveles de desempleo de la década de 1930. Era obligación de los economistas atender dichos males sociales con las herramientas de la disciplina y la experiencia de la administración pública.

La economía keynesiana satisfizo a la perfección tales demandas. La obra de John Maynard Keynes *The General Theory of Employment, Interest and Money*¹¹ brindó una crítica al modelo de autorregulación de los mercados, un diagnóstico sobre las causas de la crisis de las economías de Gran Bretaña y Estados Unidos, y sugerencias de política económica orientadas al alivio de los problemas del mercado laboral y la inestabilidad económica. Para los fines de nuestra discusión, lo más importante son las ideas generales detrás de tales promesas. Keynes argumentó que la inestabilidad de la inversión se debía a la volatilidad en las expectativas de los inversionistas y en sus estados de ánimo que variaban entre el optimismo y el pesimismo. Adicionalmente, Keynes argumentó que la introducción del dinero a un sistema económico conducía al repudio de la ley





clásica de los mercados y la autorregulación. De acuerdo con Keynes, en la economía moderna, el vínculo entre los precios y la oferta y demanda de dinero era tan débil como aquel entre la inversión y la tasa de interés. La introducción de las expectativas al análisis económico rompe con las relaciones entre los agregados macroeconómicos establecidas por la economía clásica. Por ejemplo, durante la recesión, los intentos de reactivar la economía por medio de una política monetaria expansiva serían ineficaces, debido a las expectativas de que la economía caiga en la trampa de la liquidez. Si la inversión no se realiza siguiendo criterios de racionalidad, y más bien se basa en el “espíritu animal”, no se puede confiar en que los mercados privados evalúen adecuadamente la eficiencia marginal de la asignación de capital entre proyectos alternativos. Finalmente, en la economía que describe Keynes, los recursos liberados por un sector pueden mantenerse improductivos y no ser aprovechados en actividades alternativas. El ajuste automático asumido por la economía clásica no entraba a operar porque la economía podía llegar a un nivel de equilibrio con desempleo. Por definición, el equilibrio es un punto en el cual ningún agente del sistema tiene ningún incentivo o inclinación para salir de la posición que ocupa. La salida de un punto de equilibrio solo puede ser el resultado de la introducción de una fuerza externa al sistema. Keynes argumentaba de manera contundente que el gobierno era la entidad capaz de inducir el cambio social de manera efectiva.

Roger Garrison¹² afirma que la economía keynesiana se reduce a la relación keynesiana ingreso-gasto de los textos de economía básica. Este simple modelo fue la herramienta básica que utilizó toda una generación de economistas para comprender las políticas públicas keynesianas. Asimismo, era la grapa que unificaba las ideas presentadas por Samuelson en su libro *Economics*¹³. De hecho, este libro clásico de Samuelson es una muestra de la magnitud de la hegemonía keynesiana que abarcaba desde la perspectiva analítica hasta la filosofía social. En la edición de 1948, por ejemplo, Samuelson no aborda un análisis básico de oferta y demanda sino hasta la página 447, precisamente debido a su noción de que los principios microeconómicos solo son efectivos después de haber asegurado que el sistema macroeconómico se encuentra balanceado. Dejar al sistema capitalista a su libre albedrío conduce a desajustes por el lado de la demanda agregada y resulta en un equilibrio con desempleo. La misión del economista es conducir a la economía a un equilibrio de pleno empleo, y, solo en este punto, se

puede confiar en las fuerzas autorreguladoras de la economía de mercado, siempre y cuando se trate de situaciones en las que no existan externalidades, la producción y el intercambio se limiten al ámbito privado (no existen bienes públicos), y la estructura de mercado sea competitiva.

Es importante reconocer cómo la *Teoría general* de Keynes y, más tarde, la *Economía* de Samuelson retroceden con respecto a los supuestos presentados por Mill en *Principles*. Para Mill, el punto de partida y supuesto básico era el *laissez-faire*, mientras que las intervenciones del gobierno en la economía eran excepciones. Para cuando llegamos a Keynes y a Samuelson, el supuesto básico es que el gobierno debe intervenir en todo momento en orden de mantener la civilización económica y el principio del *laissez-faire* es válido solo en ciertas circunstancias. Adicionalmente, es importante notar la modificación en el rol de los economistas que requiere este redireccionamiento de los conceptos básicos del pensamiento económico¹⁴. En los tiempos de Mill, el economista aún podía adoptar la postura de un estudioso de la sociedad, pero, para cuando llegamos a Keynes y a Samuelson, la misión del economista consiste en asumir el rol de “salvador de la sociedad”, utilizando sus herramientas científicas para mantener el balance social y corregir los males sociales¹⁵. “Allí donde las complejas condiciones de vida económica requieran del planeamiento y de la coordinación social”, escribió Samuelson, “se debe esperar que los hombres sensibles y de bien invoquen a la autoridad y actividad creativa del gobierno”¹⁶.

Ludwig von Mises y F. A. Hayek fueron dos de los más importantes críticos de la transformación keynesiana de la disciplina económica. Mises¹⁷ se avocó a resaltar las falacias lógicas inherentes a la economía keynesiana, mientras que Hayek¹⁸ se avocó a resaltar los supuestos extremos que se llegaron a plantear con la finalidad de colocar a los economistas en la posición de construir el cambio social a través del desarrollo y la aplicación de modelos macroeconómicos. Para que el modelo de ingreso-gasto pueda funcionar apropiadamente y predecir el nivel de gasto público que conduciría a la economía al pleno empleo, el economista-ingeniero debe conocer los niveles de consumo, inversión y gasto agregados, el nivel de producción nacional de pleno empleo y las características precisas de la dinámica del multiplicador del gasto público. Cada etapa de dicho proceso presupone que el macroeconomista cuenta con información precisa y actualizada de la vida económica y, en consecuencia, los resultados de su intervención serán precisos y





congruentes con su meta de conducir la economía a un equilibrio de pleno empleo. Es decir, el modelo asume lo que debiera demostrar.

Más aún, la teoría macroeconómica tendió a enmascarar la información realmente utilizada por los agentes económicos en la toma de decisiones. La política macroeconómica es errónea y arrogante. Hayek argumentó que la evidente “pretensión de conocimiento” inherente a los modelos macroeconómicos no resultó en la solución de los males sociales, sino, más bien, en un patrón insostenible de utilización de recursos. “Lo que este tipo de políticas ha producido no es un nivel de empleo imposible de obtener por otras vías, sino, más bien, una distribución del empleo que no puede ser infinitamente mantenida y cuya persistencia en el tiempo depende de ciertos niveles de inflación que rápidamente conducirían a la desorganización general de la actividad económica”¹⁹.

El colapso de la hegemonía keynesiana de la década de 1960 reflejó la victoria intelectual de la crítica de Hayek a Keynes. No obstante, la mayor parte de los economistas no ha seguido la súplica de humildad de Hayek y persiste en su empeño de entender la actividad económica agregada. Aunque la resurrección de la economía keynesiana en manos de Joseph Stiglitz²⁰ y Paul Krugman²¹ contiene algunos sutiles matices que la diferencian de la propuesta de Keynes y Samuelson, ella requiere de los mismos supuestos radicales y equivocados con respecto a la capacidad de los economistas para conducir los finos engranajes de las economías mundiales por medio de las palancas de política económica. Tal como indicó Robert Nelson²², Stiglitz ha señalado que los fundamentos teóricos de la economía de Samuelson contenían conceptos erróneos que ahora son ampliamente conocidos. Pero el trabajo de Samuelson le permitió a la economía alcanzar el estatus de ciencia dentro de la sociedad de Estados Unidos e hizo posible que muchos economistas accedieran a puestos gubernamentales y pudieran utilizar su autoridad científica para influenciar las políticas públicas.

Aunque Stiglitz comprende las fallas en los cimientos de la economía de Samuelson, no llega a sugerir que la revolución de la economía de la información que él lideró, la economía institucional de Coase y North, o la revolución en la teoría económica liderada por Buchanan y Tullock debiera conducir al cuestionamiento de la posición de los economistas en la sociedad establecida por el trabajo de Samuelson. Más bien, Stiglitz cree que su contribución a la economía moderna ha coadyuvado a la consolidación del rol del economista en la sociedad,

tal como fue redefinida por Keynes y Samuelson. La fe en el poder salvador de la administración pública guiado por los modelos económicos no es fácil de liquidar.

3. ANÁLISIS COSTO-BENEFICIO

La nueva economía materializada por Samuelson se basaba en las tres proposiciones siguientes:

Proposición 1: El supuesto de *laissez-faire* ha sido tergiversado por Keynes y sus seguidores.

Proposición 2: La economía moderna ha provisto las herramientas analíticas para que los economistas asuman una posición científicista y un rol de ingeniero social.

Proposición 3: El conjunto de herramientas analíticas de la economía moderna recibe el apoyo de las nuevas técnicas de medición estadística, las cuales garantizan que los modelos matemáticos abstractos puedan ser adecuadamente calibrados, generen predicciones claras, puedan ser contrastados con la realidad y, en consecuencia, provean la base para la aplicación exitosa de las iniciativas de política económica.

Para que estas proposiciones funcionen, debemos asumir que la información estadística existe y se encuentra disponible para el análisis económico. Obviamente, el desarrollo de la computación durante el siglo XX tuvo una influencia importante en el modo en el que la economía es conducida, pero este no es el lado de la historia que nos interesa enfatizar. El punto que deseamos resaltar es mucho más sutil; los economistas deben “asumir” que determinada información estadística existe y se encuentra disponible para su manipulación, un supuesto que nosotros refutamos²³. En el caso analizado en esta sección, la información asumida es la objetividad del análisis costo-beneficio.

El análisis costo-beneficio ha penetrado por completo el campo de la economía pública. No solo es la piedra angular del análisis de las externalidades, sino que también se ocupa de los temas tributarios, de la regulación y de las alternativas legales disponibles. El área de economía y derecho, por ejemplo, resultaría irreconocible si el análisis costo-beneficio fuera rechazado.

Conceptualmente, el pensamiento económico no tiene problema con la lógica del análisis costo-beneficio. El problema aparece cuando uno trata de volver operativo el análisis mediante el supuesto de que los costos y los beneficios pueden ser medidos y comparados. En la economía del bienestar estándar de Pigou, las desviaciones con respecto a una





distribución ideal de los recursos se explican por la existencia de externalidades. Los beneficios y los costos marginales privados difieren de los beneficios y costos marginales sociales. Una externalidad positiva conduce a una deficiencia en la cantidad ofertada de un bien o servicio, debido a que el beneficio marginal privado de producir ese bien o servicio es menor al beneficio marginal social. Una externalidad negativa genera el problema contrario. Bienes y servicios no deseados son producidos en exceso debido a que el costo marginal privado de producir dicho bien o servicio es menor a su costo marginal social. La recomendación estándar ante la identificación de una externalidad positiva es que el gobierno intente alinear los costos privados y sociales mediante la aplicación de subsidios, mientras que, en el caso de una externalidad negativa, el gobierno debería cobrar impuestos para, de nuevo, alinear los costos privados y públicos. La lógica de este enfoque es conceptualmente débil y vulnerable a las críticas; pero como herramienta para la ejecución de políticas públicas no puede ser más equivocada y su aplicación ha causado un gran daño al discurso económico en torno a las políticas públicas²⁴.

Ronald Coase²⁵ y James Buchanan²⁶ señalaron, hace ya bastante tiempo, los problemas fundamentales de la economía del bienestar pigouviana. Los trabajos de estos dos autores fueron revolucionarios, pero sus implicaciones más radicales fueron ignoradas, en la medida en que la cultura económica se vio cada vez más comprometida con la obtención y el análisis de información estadística. Como se suele afirmar, la ciencia, después de todo, es medición. Si usted no puede medir, mida de todas maneras y no ponga bajo amenaza la categoría científica de la disciplina. Entonces, a pesar de la profundidad del razonamiento de Coase y Buchanan, el análisis costo-beneficio está lejos de ser abandonado por sus practicantes —algunos de los cuales se profesan leales a Coase y Buchanan—.

La crítica a Pigou, propuesta por Coase y Buchanan, puede ser resumida de la siguiente manera. Las soluciones pigouvianas son redundantes debido a que los actores privados encontrarán una solución negociada a sus conflictos (en el caso de que los costos de transacción sean nulos) o las soluciones pigouvianas no resultan operativas (en el caso de costos de transacción positivos, incluyendo a los costos de información). Si es que los actores privados no son capaces de identificar los costos y beneficios para alinearlos, entonces, ¿cómo es posible que el gobierno logre hacerlo? En lugar de medir aquello que la lógica indica que es imposible de ser

medido, Coase y Buchanan optan por la defensa del enfoque de costo de oportunidad de la economía pública. Dicho enfoque conduce al análisis comparativo institucional, lo cual, según el propio Coase afirma, “permite iniciar nuestro análisis desde una situación muy próxima a la real, para examinar los efectos de un giro en la propuesta de política económica e intentar decidir si la nueva situación sería, en general, mejor o peor que el punto de partida”²⁷.

La economía de pizarra de Pigou, enclaustrada como está en la contradicción lógica que resulta de ser redundante o no operativa, resulta difícil de abandonar²⁸. William Baumol, por ejemplo, resistió con vehemencia las implicaciones de la propuesta de Coase y Buchanan, y argumentó que la tradición pigouviana era “impecable”, aun cuando, al mismo tiempo, admitía lo siguiente: “finalmente, tenemos muy pocas razones para confiar en la aplicabilidad del enfoque pigouviano, si lo interpretamos literalmente. Nosotros no sabemos calcular los impuestos y subsidios necesarios y tampoco sabemos cómo estimar una aproximación confiable”. La danza intelectual de Baumol abrió el espacio para que Coase formule una de las acusaciones más agudas hechas a la economía moderna. Después de resumir la posición de Baumol con respecto a la condición de “impecable” de la lógica pigouviana, Coase afirma que si la condición de “impecable” significa que “la ejecución de las tasas tributarias propuestas, cuya ejecución en realidad no es posible, conduce a una asignación óptima de los recursos [...] Esto yo nunca lo negué. Mi punto es simplemente que tales propuestas tributarias constituyen el material del que están hechos los sueños. En mi juventud se decía que si algo era muy tonto para ser dicho podía ser cantado. En la economía moderna, bien podría ser puesto en matemáticas”²⁹.

4. EL DEBATE SOBRE EL SOCIALISMO DE MERCADO

El debate en torno al socialismo de mercado de la primera mitad del siglo XX, provee otro ejemplo claro de cómo los economistas se dejaron llevar por los alegatos del científicismo. Alrededor de 1920, Friedrich von Wieser, Joseph Schumpeter, Leon Walras, Wilfredo Pareto, Enrico Barone, Friederich Taylor y Frank Knight señalaron que si el socialismo pretendía racionalizar la producción tendría que satisfacer los mismos requerimientos formales alcanzables mediante el capitalismo en condiciones de equilibrio³⁰. En otras palabras, si la racionalización implica el uso eficiente de los recursos, que es el significado que debe tener, entonces la racionalización





socialista tendría que satisfacer las condiciones de optimización descritas mediante los principios del análisis marginal.

En 1936 y 1937, el economista polaco Oscar Lange enfrentó este reto con una propuesta de “socialismo de mercado” que no solo satisfacía los requerimientos formales de un equilibrio general capitalista, sino que, se argumentaba, conducía a mejores resultados que una economía de mercado, debido a que anulaba la posibilidad de que surjan monopolios y de que ocurran ciclos económicos, considerados ambos la plaga del mundo capitalista real. En el despliegue de su argumento de similitud formal, Lange desarrolló el siguiente plan. Primero, permita un mercado para los bienes de consumo y la asignación de la mano de obra. Segundo, coloque al sector productivo en manos del Estado, pero establezca lineamientos estrictos para la operación de las empresas. A saber, informe a los administradores que deben establecer políticas de precios iguales a sus costos marginales y alcanzar niveles de producción que minimicen los costos medios. Existe la posibilidad de realizar ajustes sobre la marcha utilizando los cambios en inventario como señal de alerta. Dichas pautas garantizan la completa incorporación de los costos de oportunidad de la producción y el empleo de las tecnologías más eficientes. En suma, las pautas señaladas aseguran la eficiencia productiva, aunque el Estado sea el propietario de los medios de producción.

Lange extiende su argumento a favor del socialismo. Por medio de la imitación de las condiciones de eficiencia del capitalismo, en teoría, el socialismo puede alcanzar el mismo nivel de eficiencia en la producción de una economía de mercado, pero la sobrepasaría, dado que libera a la sociedad del monopolio y de los ciclos económicos que inundan el mundo capitalista real. En las manos de Lange, la teoría neoclásica se debía convertir en una poderosa herramienta de control social.

La respuesta de Hayek al modelo de socialismo de mercado de Lange fue devastadora y atacó sus supuestos enraizados en el modelo neoclásico de equilibrio general. Primero, Hayek indicó que los modelos de socialismo de mercado propuestos por Lange y otros reflejaban una preocupación por el equilibrio. Sin embargo, no poseían los requisitos para discutir sobre las adaptaciones necesarias a las condiciones cambiantes de la vida económica real. La imputación del valor de los bienes de capital a partir de los bienes de consumo representaba una postura clásica. Schumpeter ya había argumentado que una vez que los bienes de consumo cuentan

con un valor en el mercado (como ocurriría en el modelo de Lange), el mercado de bienes de producción resulta innecesario, dado que podríamos imputar el valor de los bienes de capital correspondientes *ipso facto*.

Esta “solución” es acertada en un modelo de equilibrio general en el que existe una prerreconciliación de los planes (por ejemplo, no hay intercambios falsos). Sin embargo, la preocupación de Hayek no se centraba en el modelo, sino en la manera en que ocurre la imputación en un proceso de mercado en el que los planes de producción deben ser coordinados con las demandas de los consumidores. Dicho procedimiento no es trivial y requiere de diversas señales del mercado para guiar la toma de decisiones de los empresarios en cuanto a la intensidad del uso del capital y a los planes de producción. En un sentido fundamental, Hayek estaba argumentando que el socialismo de mercado no podía dar respuesta a tales problemas mediante supuestos. Evidentemente, si enfocamos nuestro análisis en las características de un mundo en el que todos los planes ya han sido completamente coordinados (equilibrio competitivo general), el proceso mediante el cual se llegó a dicha coordinación no resultará de interés.

Este fue el punto central de Hayek. Ante la ausencia de ciertas prácticas e instituciones, el proceso que resulta en la coordinación de los planes (incluyendo la imputación del valor de los bienes de producción a partir de los bienes de consumo) no tendrá lugar. Algún proceso alternativo tendría que servir de base para la toma de decisiones con respecto al uso de los factores de producción, y dicho proceso, por necesidad, no podría estar basado en los incentivos de la propiedad privada, en las señales de los precios relativos o en los indicadores contables sobre las utilidades, dado que el proyecto socialista los abolió explícitamente. En otras palabras, la proposición *ipso facto* del equilibrio competitivo era irrelevante para cualquier situación fuera del equilibrio. El hecho de que economistas neoclásicos de renombre (como Knight y Schumpeter) no reconocieran este aspecto elemental, demuestra los estragos que la preocupación cientificista por los estados de equilibrio, en contraposición al interés por los procesos que conducen al equilibrio, ha causado a la ciencia económica.

Desde la perspectiva de Hayek, el problema derivado de concentrarse en situaciones específicas en lugar de procesos no se limitó a asumir aquello que debía ser argumentado, pero desvió la atención del modo en que circunstancias cambiantes requieren de la adaptación de los participantes. Tal como





hemos señalado arriba, el equilibrio, por definición, es un estado en el que ningún agente participante en el sistema tiene ningún incentivo al cambio. Si toda la información se congelara, entonces estaríamos en una situación en la que los individuos entran en un estado de reposo en el que todos los planes serían coordinados y los recursos serían utilizados de la manera más eficiente conocida. En dicha situación, la condición propuesta por Lange podría ser válida; los precios debieran ceñirse al costo marginal (y, en consecuencia, el precio reflejaría por completo el costo de oportunidad de la producción) y el nivel de producción correspondería a la curva de costo medio de la empresa (y, en consecuencia, se utilizarían las tecnologías más eficientes). Pero lo que Hayek preguntó fue si tales condiciones se mantenían operativas en un mundo en el que la información no se congela.

La asignación efectiva de los recursos requiere que exista una correspondencia entre las características fundamentales de las preferencias, la tecnología y la disponibilidad de los recursos, y las variables de resultado que son los precios y las pérdidas o ganancias contables. En competencia perfecta, las variables fundamentales y las de resultado se encuentran perfectamente alineadas y, por lo tanto, no existen problemas de coordinación. Las posiciones académicas que rechazan la propuesta de autorregulación tienden a negar la existencia de alguna correspondencia entre las condiciones fundamentales y las variables de resultado dentro del mercado.

En contraste con estas dos alternativas, Hayek buscó explicar el desfase existente en la relación entre las condiciones fundamentales y los resultados. Para él, la economía es una disciplina de tendencia y de direccionalidad, no una ciencia exacta. Los cambios en las condiciones fundamentales generan una dinámica de ajustes que se reflejan en las variables de resultado del mercado. La respuesta de las variables de resultado ocurre con cierto desfase, pero están en movimiento continuo hacia las condiciones fundamentales.

Hayek sostenía que la información perfecta era una característica que definía al equilibrio, pero no puede ser un supuesto dentro del proceso de ajuste hacia el equilibrio. Más bien, el problema radica en comprender los mecanismos mediante los cuales los individuos obtienen la información necesaria que les permite coordinar sus planes. En "Economics and Knowledge"³¹ y en "The Use of Knowledge in Society"³², Hayek demuestra que los mecanismos utilizados por los agentes para la obtención de información suficiente constituyen un elemento empírico

crucial para la economía, y que la información que proveen los precios representan el punto de apoyo institucional clave y la guía para aprender dentro del proceso de la participación en el mercado.

La economía neoclásica tradicional enseñó que los precios eran mecanismos de incentivos, lo cual son en realidad, pero Hayek señala que los precios también cumplen un rol informativo que es subestimado por los economistas modernos, preocupados por los modelos de equilibrio.

A lo largo de su vida profesional, Hayek enfatizó diferentes aspectos del argumento que desarrolla en estos dos artículos clásicos, y puso un énfasis particular en la naturaleza contextual del conocimiento utilizado dentro de los procesos de mercado. El conocimiento, señaló Hayek, no existe de manera independiente al contexto en el cual es descubierto y utilizado. Los participantes en la economía basan sus acciones en información que es específica a un tiempo y un lugar. La información particular utilizada por los participantes en el mercado para orientar sus acciones, simplemente, no es abstracta ni objetiva, y, por lo tanto, no es susceptible de ser utilizada por operadores de política que se encuentran fuera de dicho contexto, con la finalidad de planificar la organización de la sociedad a gran escala.

El razonamiento de Hayek para explicar por qué la planificación no puede funcionar, no se limita al problema de que la información requerida para coordinar los planes de una multitud de individuos es demasiado amplia para ser organizada de manera efectiva. El conocimiento utilizado por los empresarios dentro del mercado no existe fuera de su contexto local y, por lo tanto, no es susceptible de ser organizado por agentes externos. No se trata de que los planificadores encaren limitaciones en la capacidad de manejar cantidades importantes de información; se trata de que enfrentan una misión imposible porque el conocimiento requerido no se encuentra accesible, independientemente del desarrollo tecnológico en materia de manejo de información.

El socialismo de mercado requiere que la disciplina económica se desvíe del interés por la dinámica de las economías e intente planificarlas. Las herramientas científicas de la economía neoclásica —la más notable es la del equilibrio general— condujeron a los defensores del socialismo a creer, erróneamente, que efectivamente podían planificar. Los economistas han dejado de ser los estudiantes de economía para pasar a ser jugadores activos —ingenieros que planifican la actividad económica—. Desde luego, tal como el trabajo de Hayek y la historia han demostrado, la





propuesta socialista es insostenible en el largo plazo. Por medio del razonamiento teórico discutido hasta aquí, Hayek aplastó al programa socialista. No obstante, el argumento demoleador provino del dramático colapso de la Unión Soviética, ocurrido a comienzos de la década de 1990, el cual reveló al mundo el desastre forjado por la arrogancia económica de parte de aquellos que creyeron que podían dirigir de manera centralizada la vida económica.

5. CONCLUSIÓN

La obra *Economics as a Religion* de Robert Nelson no solo es una lectura fascinante sino que constituye un análisis profundo acerca del rol social de la economía en los tiempos modernos. En este sentido, escribe: “La religión más vital en la era moderna ha sido el progreso económico. Si los economistas han tenido, al menos, un modesto impacto en la generación del progreso económico o en la comprensión de sus mecanismos subyacentes, entonces se puede decir que han tenido un rol importante en legitimarlo socialmente. Ellos han sido los sacerdotes modernos de la religión del progreso, interpretando sus formas, refinando sus mensajes, y alimentando la fe en la continuidad del progreso”³³. Hayek continúa y afirma que nosotros, los economistas, “tal como lo han hecho otras castas sacerdotales en la historia, vivimos una existencia segura y protegida, dentro de la arboleda de nuestra academia”³⁴.

Nelson limita su análisis, principalmente, a una descripción positiva acerca de cómo el crecimiento económico se ha convertido en la religión moderna y los economistas en sus sacerdotes guardianes. Nosotros saltamos fuera de su profundo análisis para darle una mirada a un lado más oscuro de la transformación de nuestra disciplina. Utilizando razonamiento económico básico, se esperaría que esta casta sacerdotal responda racionalmente a los incentivos, abuse de su posición privilegiada e intente erigir barreras para aislar a sus competidores. Como economistas, estamos comprometidos a la idea de que la economía es una disciplina vital para entender las fuerzas que le dan forma al mundo. No obstante, también creemos que el estatus sacerdotal de nuestros colegas economistas ha infringido un severo daño a nuestra disciplina, el cual en el largo plazo va a deslegitimar las enseñanzas que ofrece la economía³⁵.

Nuestro análisis se ha centrado en tres áreas en las que los economistas del siglo XX intentaron justificar la expansión de su rol como ingenieros sociales. En cada instancia, hemos postulado que los

argumentos esgrimidos por los economistas resultan injustificados. La economía como disciplina estaría mejor servida por la humildad ante la complejidad social, en lugar de seguir intentando forzar la extensión de la disciplina más allá de lo que es capaz de lograr. Nuestro argumento es simple: si demandamos de una disciplina algo que es incapaz de proveer, los recursos intelectuales estarán siendo desperdiciados en la búsqueda de obtener lo imposible. En la medida en que se adopten proyectos que deberían ser rechazados y que se desechen proyectos que deberían ser ejecutados, la toma de decisiones se encontrará impregnada de errores tipo 1 y de errores tipo 2.

No sabemos si esta situación puede ser revertida. Lo que sí sabemos es que si planteamos la situación como una causa perdida, en esencia estaríamos admitiendo que se trata de una situación ideal, tal como Frank Knight creyó. Por otro lado, también reconocemos que un cambio requiere de un sólido empresario intelectual que visualice la oportunidad y reoriente la disciplina. Sin embargo, la reorientación a la que hacemos llamado reduciría el prestigio y el poder del que gozan los economistas en la sociedad moderna. La dinámica de la acción empresarial no suele ponerse en marcha cuando la compensación a la innovación es la reducción del estatus relativo. Por otro lado, hemos argumentado que si los economistas renuncian a su posición privilegiada en la sociedad, podrían recuperar su “alma”. Quizá la oportunidad de ganancia a ser aprovechada por este economista-empresario intelectual sea la posibilidad de recuperar la legitimidad histórica de la disciplina de economía política, y a fin de aprovechar tal oportunidad, él debe dejar de lado las falsas promesas de la empresa pseudocientífica que es la economía moderna y su creencia en una administración pública eficiente guiada por técnicas de medición y de desarrollo de modelos que han caracterizado a la economía desde Samuelson. Tal economista quizá enfrente la furia de sus colegas contemporáneos. No obstante, uno puede esperar que mediante la sabia prédica de la humildad, tal economista tendrá la honra de trabajar siguiendo la tradición de gigantes de la ciencia política como Smith, Hume, Mises, Hayek y Buchanan. Es solo mediante el rechazo de su estatus de sacerdote supremo y la aceptación de su posición como filósofo humilde que el economista tendrá alguna oportunidad de salvar a la economía de la condena derivada de la arrogancia, “porque todo aquel que se exalte a sí mismo será humillado, pero todo aquel que se comporte de manera humilde será exaltado”³⁶.





NOTAS

- 1 Robert Nelson, *Reaching for Heaven on Earth: The Theological Meaning of Economics*, Lanham, MD: Rowman and Littlefield, 1991.
- 2 El término en la versión en inglés es *means-ends efficiency* [nota de la traductora].
- 3 El trabajo de Nelson no debe ser leído como una acusación a la economía. Todo lo que intenta mostrar es que los economistas no practican un análisis objetivo y, en realidad, difícilmente se encontrarán en la libertad de brindar un análisis objetivo cuando ofrecen asesoría económica. Más aún, en lugar de realizar una crítica ligera de la economía, Nelson condujo una investigación de la historia del pensamiento económico, para demostrar que muchos de los padres fundadores de la economía política y de la economía se encontraban comprometidos teológicamente y utilizaron las construcciones intelectuales derivadas de su teología para construir su economía, para luego referirse a la disciplina de la economía y a sus recomendaciones de política, en términos mesiánicos. Para una discusión acerca de la relación entre el análisis económico neutral y una economía política relevante, se puede consultar Peter J. Boettke, "Is Economics a Moral Science?", *Journal of Markets & Morality*, 1998, 1, 212-219 y Peter J. Boettke, "Why Are There No Austrian Socialists? Ideology, Science and the Austrian School", *Journal of History of Economic Thought*, 1995, 17, 33-35.
- 4 Robert Nelson, *Economics as Religion: From Samuelson to Chicago and Beyond*, University Park, PA: Pennsylvania State University Press, 2001.
- 5 A pesar de ser un severo crítico de la religión, Knight no pudo escapar de la influencia del pensamiento cristiano. Para Knight, al igual que para la teología cristiana inicial, la propiedad privada y la economía de mercado existían como resultado del pecado original. Durante el periodo previo a la caída del hombre, ninguna de ellas era necesaria y, por lo tanto, en un mundo ideal, tampoco debían existir. Pero, en el mundo imperfecto en el que vivimos, la propiedad y el mercado cumplen la función de contrarrestar la proclividad natural del hombre desterrado del paraíso, hacia la lucha por el poder y la supremacía sobre los demás. La propiedad y los mercados pueden ser parte de una solución imperfecta, pero son mejores que las alternativas. *Ibidem*, 136-137.
- 6 *Ibidem*, 37-48.
- 7 *Ibidem*, 263.
- 8 Véase James M. Buchanan, "Economics as a Public Sense", en Steven G. Medema y Warren J. Samuels (editores), *Foundations of Research in Economics: How Do Economists Do Economics?*, Cheltenham, Reino Unido: Edward Elgar, 1996, 30-36. Buchanan afirma que la misión de la economía como ciencia pública es proveer a los ciudadanos de herramientas que les permitan comprender la dinámica inherente a una economía organizada y las consecuencias de los diferentes tipos de intervenciones en dicha dinámica económica, con la finalidad de que los ciudadanos puedan ser participantes informados dentro del proceso democrático. Desde la perspectiva de Buchanan, los economistas—en el cumplimiento de su tarea de proveer información para que los ciudadanos puedan tomar decisiones democráticas inteligentes—deben diferenciar entre el análisis de lo que es, de lo que puede ser y de lo que debiera ser.
- 9 Las cartas que J. B. Say dirigió a Malthus fueron publicadas en 1821.
- 10 J. S. Mill, *Principles of Political Economy*, Nueva York: Augustus M. Kelley, 1976 [1848], 941-979.
- 11 John M. Keynes, *The General Theory of Employment, Interest and Money*, Nueva York: Harcourt Brace Jovanovich, 1964 [1936].
- 12 Roger Garrison, *Time and Money: The Macroeconomics of Capital Structure*, London: Routledge, 2001.
- 13 Paul Samuelson, *Economics*, Nueva York: McGraw Hill, 1998 [1948], 225-279.
- 14 Samuelson escribió: "El hombre moderno no puede seguir creyendo que *el gobierno gobierna mejor sobre lo que tiene poco gobierno*. En una sociedad fronteriza, donde un hombre se mudaba al oeste porque escuchaba el perro de su vecino ladrar, podía tener cierta validez el dicho *deje que cada hombre reme su propia canoa*. Pero hoy, en una sociedad como la nuestra tan interdependiente, somos muchos en el mismo espacio como para que resulte tolerable el *individualismo puro*". *Ibidem*, 142. En el siguiente párrafo, Samuelson admite que un sistema de *individualismo puro* conduce a un rápido progreso material, pero agrega inmediatamente que también deviene en ciclos económicos, desperdicio de recursos, desigualdad en los ingresos, corrupción política como resultado de intereses de poder, y sustitución de "una competencia autorreguladora a favor de un monopolio devorador".
- 15 Para una discusión acerca del rol del economista y del rol económico del Estado, véase Peter J. Boettke y Steve Horowitz, "The Limits of Economic Expertise: Prophets, Engineers and the State in the History of Development Economics", en *History of Political Economy* (en prensa). Aunque en términos distintos, en dicho artículo se plantea la idea básica que en el ámbito intelectual solo hay dos tipos de equilibrio estable posibles—el economista como estudio y el Estado como árbitro del juego económico, y el economista como salvador y el Estado como jugador activo en el juego económico—. El argumento clásico predicaba humildad y buscó limitar el abuso del poder de parte del Estado y de sus agentes; el argumento moderno predica el activismo y la necesidad de los agentes del Estado de utilizar el poder del gobierno para intervenir activamente en nombre de las personas. El argumento clásico alertó acerca de la perversidad de los efectos indirectos de las intervenciones del gobierno, mientras que el argumento moderno alertó acerca de la perversidad de la primacía del interés individual debido al monopolio, las externalidades, los bienes públicos





y la inestabilidad macroeconómica. El argumento clásico nos orienta hacia el equilibrio estudioso/árbitro, mientras que el argumento moderno nos conduce hacia el equilibrio sabio/jugador. En la actualidad, en el ámbito de la economía política, el problema fundamental para aquellos que se inclinan hacia el argumento de la humildad de los clásicos, radica en encontrar un argumento lógicamente correcto que conduzca hacia el equilibrio estudioso/árbitro. Dicha tarea debe ser abordada de manera separada del problema de cómo lograr que los economistas abandonen los argumentos que los colocan en una situación de privilegio en el plano de las políticas públicas.

- 16 Samuelson, 153.
- 17 Ludwig von Mises, *Human Action: A Treatise on Economics*, New Haven: Yale University Press, 1949, 710-803.
- 18 F. A. Hayek, *New Studies in Philosophy, Politics, Economics and the History of Ideas*, Chicago: University of Chicago Press, 1978, 98-100.
- 19 *Ibidem*, 29.
- 20 Joseph Stiglitz, *Globalization and its Discontents*, Nueva York: W. W. Norton and Co., 2002.
- 21 Paul Krugman, *The Return of Depression Economics*, Nueva York: W. W. Norton and Co., 2002.
- 22 Nelson, 261.
- 23 Esto es cierto para los temas macroeconómicos y microeconómicos, los cuales abordaremos en esta sección. El producto bruto interno, por ejemplo, intenta medir el valor de lo producido por una economía durante un año mediante la suma del valor de los bienes finales. Existen métodos sofisticados para evadir la doble contabilización, etcétera. Pero toda esta tarea enfrenta un problema más intimidante. Para que la suma del valor de los bienes finales tengan algún significado, el analista debe asumir que se trata de precios de equilibrio que reflejan el costo de oportunidad de cada bien. Pero lo anterior solo sería cierto si nos encontramos en un mercado competitivo. Primero, las condiciones del equilibrio competitivo general son muy restrictivas y, según algunos, imposibles de ser verificadas en la realidad. Segundo, si las condiciones del equilibrio competitivo general se cumplieran, el tipo de políticas propuestas por los macroeconomistas keynesianos resultarían redundantes, dado que la distribución ideal de los recursos escasos ya hubiera sido obtenida. En suma, por definición, la existencia de recursos no utilizados que propugnan los keynesianos presupone la ausencia de una situación de equilibrio competitivo general. Pero, si ese es el caso, entonces la información deducida de la suma de los precios no tendría ningún sentido económico útil para la toma de decisiones públicas. En orden de contar con información estadística útil, los economistas keynesianos deben asumir la existencia de información que, de hallarse, convierte a las propuestas de política keynesianas en innecesarias. El hecho de que —a

pesar de enfrentar un enigma de tal magnitud— la descendencia keynesiana se mantuvo inalterable, demuestra que Nelson está en lo cierto cuando afirma que en la economía moderna triunfó la fe sobre la razón y que, una vez que las ideas y los intereses se alinean, resulta muy difícil destronar un sistema de creencias.

- 24 Los economistas dedicados a la política económica se dividen entre aquellos con posiciones pro mercado o antimercado. El diálogo entre ellos gira en torno a posiciones opuestas en relación con el análisis costo-beneficio. El grupo pro mercado afirma que el costo de una intervención política cualquiera es siempre mayor a su beneficio, un asunto que resulta evidente en el costo que enfrenta una familia promedio. Aquellos con una posición antimercado responden proporcionando “evidencia” de que el no intervenir en una economía genera una situación en la que el individuo promedio deberá enfrentar costos mayores a los beneficios que recibiría de la no intervención. El discurso procede de la manera descrita, pero ninguno de los grupos cuenta con información para demostrar sus afirmaciones y, en consecuencia, asumen y adivinan. En el mejor de los casos, lo que obtenemos son pautas ideológicas presentadas en formas numéricas y disfrazadas con atavíos de ciencia. En el peor de los casos, lo que obtenemos son las manipulaciones de intereses creados que pretenden lograr sus ambiciones políticas a la expensa de otros.
- 25 Ronald H. Coase, “The Problem of Social Cost”, *Journal of Law and Economics*, 1960, 1-44.
- 26 James Buchanan, *Cost and Choice: An Inquiry in Economic Theory*, Chicago: Markam Publishing, 1969.
- 27 Coase, 43.
- 28 Para mayor información acerca de la contradicción en la economía del bienestar pigouviana, consúltese: Ronald H. Coase, *The Firm, the Market and the Law*, Chicago: University of Chicago Press, 1988, 157-185.
- 29 *Ibidem*, 185.
- 30 El artículo acerca de esta “similitud formal” y los intentos subsiguientes para el desarrollo de una economía socialista marginalista puede ser consultado en Peter J. Boettke (editor), *Socialism and the Market: The Socialist Calculation Debate Revisited*, Londres: Routledge, 2000, volumen 4.
- 31 F. A. Hayek, “Economics and Knowledge”, *Economica*, 1937, 4, 33-54.
- 32 F. A. Hayek, “The Use of Knowledge in Society”, *American Economic Review*, 1945, 4, 519-530.
- 33 Nelson, 329.
- 34 *Ibidem*, 332.
- 35 Esta “deslegitimización” de la enseñanza de la economía tendrá un gran impacto negativo sobre la sociedad, debido a que nublará la comprensión del principio de orden espontáneo y del análisis de medios-objetivos que establece parámetros a las utópicas aspiraciones de los empresarios políticos.
- 36 La Santa Biblia, Lucas 14:11.

